

*Palabras que debió pronunciar el Doctor Osvaldo Loudet
al recibir el diploma de Presidente Honorario de la
Academia de Ciencias Morales y Políticas, el
26 de septiembre de 1984*

El título que recibo es muy superior a mis merecimientos. Otros miembros de esta Academia podrían reemplazarme con más títulos y más obras. El título es muy grande y el hombre que lo recibe es un grano de arena a los pies de una montaña.

He amado la ciencia sin ser un esclavo de la misma. Los hechos científicos son provisorios y las verdades conquistadas se sustituyen en el tiempo. En el mundo todo es provisorio, hasta nuestra propia vida. Vivimos entre dos infinitos: el que nos precede y el que nos sigue. Evolucionamos en nuestros conocimientos, en nuestras doctrinas y en nuestro destino. En mi juventud, era positivista, cuando estudiaba las ciencias naturales. Creía “que sólo es verdadero lo que puede ser verificado experimentalmente”, según un juicio de Claudio Bernard. Juraba, en aquel entonces, por Comte, Darwin y Spencer. La ley de los tres estados de Comte me parecía incommovible: el teológico, el metafísico y el científico. Debo confesar que, para neutralizar el positivismo de la calle Córdoba, donde estudiaba medicina, me trasladaba a la calle Viamonte —Facultad de Filosofía y Letras— donde reinaba la metafísica. Estas dos calles paralelas están unidas por calles transversales. Un médico puede ser un “físico”, como se le llamaba en la antigüedad, y al mismo tiempo un “metafísico”, es decir, un filósofo espiritualista. ¿Quién negará, por ejemplo, que Aristóteles haya unido el más vasto espíritu metafísico al más fino y penetrante espíritu de observación; o que los más grandes sabios modernos, Kepler, Pascal, Pasteur, Ampère, hayan sido al mismo tiempo almas metafísicas?

Todos estos grandes hombres avanzaban sin detenerse en ningún momento. Creían en la inmortalidad del espíritu, y por eso pensaban y trabajaban con amor por la ciencia y por la vida. Hay ciertas verdades que no necesitan demostración. Todos, al final del camino vital, comprenden la reflexión de Pascal: "A Dios no se lo demuestra, se lo siente". El matemático, el geómetra, el creador "del cálculo infinitesimal", que fue Pascal, vio algo más que los números y las bellezas de las figuras geométricas. Su *espíritu geométrico* fue superado por su *espíritu metafísico*. La ciencia nos permite aproximarnos a las verdades de las cosas, pero las cosas son siempre un misterio.

Yo no tengo méritos suficientes para recibir el premio que hoy me otorga la Academia de Ciencias Morales y Políticas. En moral, he sido un hombre justo, bueno y tolerante; en política, en su amplio sentido, no he hecho otra cosa que practicar "la política del espíritu", que está expuesta en mi libro que lleva el mismo nombre. Decía en el prólogo de este libro que su título exige una breve explicación. ¡Política del espíritu!; ¿qué quiere decir semejante enunciado?, que por encima de todas ellas está el espíritu puro, que significa el culto fervoroso y abnegado de los valores intelectuales, estéticos y morales; es decir, el culto de la verdad, de la belleza y el bien. Realiza política del espíritu el hombre de ciencia que lucha sin pausa para adquirir una nueva verdad o descifrar un enigma; lucha silenciosa, en que las ideas se destilan "gota a gota", pero que por una cristalización misteriosa, algunas de esas gotas se transforman en una perla y en un diamante. Realiza política del espíritu el educador que moldea las almas con la fruición de un escultor, con la fe de un iluminado y experimenta la profunda emoción de descubrir las bellezas de otras almas. Realiza política del espíritu el hombre a quien el destino le ha dado los dones para crear la belleza, con la pluma, el sonido, el buril o el pincel, y despierta en sus semejantes las emociones más puras.

Todo eso es política del espíritu. En la estimativa de los valores hay una escala ascendente en cuya base se encuentran los vitales y los económicos, y en cuya cúspide resplandecen los éticos y los religiosos. La política del espíritu al cultivar los altos valores en el hombre que la profesa

y en los demás, se obliga al cumplimiento de deberes consustanciales con esos valores. Esos deberes aparecen claros para los que poseen exquisita sensibilidad moral. No por los dones de la inteligencia. Un moralista ha dicho respecto al deber que, algunas veces, existe dificultad para verlo, para comprenderlo, para establecerlo claramente. Es exacta esta observación; pero otras veces, visto el deber, en su evidente claridad, existe incapacidad, o insensibilidad, o perversión, o cobardía para cumplirlo, para realizarlo. ¡Cuántas veces existe un divorcio absoluto entre la inteligencia y la honestidad! En ese libro he reunido las menos imperfectas de mis pláticas docentes. He dibujado los perfiles intelectuales y morales de hombres que pueden servir de arquetipos de esa política espiritual. Ellos nos dicen, con su ejemplo, que es necesario vivir dignamente y que la vida vale la pena de ser vivida, por la verdad, por la belleza, por el amor y por el bien.

En mi pequeña vida como en tantas otras, han existido más sueños que realidades. Los sueños han sido grandes y las realidades diminutas. He puesto de mi parte la voluntad y la esperanza. He tratado de llenar bien el tiempo. El tiempo no se mide por la extensión sino por la profundidad. Hay que vivir horas cúbicas y no superficiales. Estas últimas se las lleva el tiempo, muchas veces injusto y desleal. He tenido la suerte de no tener “conflictos de deberes”, que hubieran hecho sufrir a mi conciencia. Siempre he tenido presente una sentencia que figura en el frente de una Facultad de París: “Nada vale la ciencia sin la conciencia”.

Nunca he sido pesimista. He creído en el triunfo definitivo de lo bueno sobre lo malo, de la verdad sobre la mentira, de la tolerancia sobre la intransigencia, de la bondad sobre la furia.

Homero ha puesto en los labios de uno de los héroes de la *Iliada* esta hermosa metáfora:

Como las hojas
de los árboles, nacen y perecen;
así pasan del hombre las edades;
muchas hojas se deslizan por el suelo,
agitadas por el viento del otoño;
pero la selva las reemplaza y nuevas crecen.